OTRA CARA
DE LA GUERRA

Hace unos días, las Fuerzas Militares de Colombia organizaron una jornada de orientación a las víctimas del conflicto que pertenecen (o hicieron parte) de sus instituciones. Aquí presentamos dos perfiles de los asistentes, que reflejan otra cara de la guerra.

Patrullero Ángel Arrieta Ruiz

Dos años después de un ataque con tatucos en Altaquer, Nariño, el patrullero de la Policía Nacional Ángel Arrieta Ruiz no se repone. A las constantes hemorragias por el oído, las dificultades auditivas y las infecciones en la cara se han sumado las pesadillas y los ataques de pánico cuando escucha cualquier ruido fuerte. Pero lo que más lo atormenta es haber perdido en ese hecho a su 'curso', el patrullero Hernán Ogaza Santamaría, a quien el tatuco le reventó el corazón.

Estas armas son una especie de granadas de mortero artesanales rellenas de metralla (puntillas, tornillos y trozos de hierro, infectadas con heces humanas) y son prohibidas por el Derecho Internacional Humanitario.

El patrullero Arrieta pudo mantenerse activo dentro de la institución como archivista. Sin embargo, eso no ha sido garantía de tener acceso a una mejor atención como víctima, ya que las citas son muy demoradas y no recibe apoyo psicosocial. Esto, sumado a las burlas de sus compañeros, que desestiman su incapacidad, lo hacen decir: "me siento olvidado por el gobierno, porque cuando estábamos en la guerra sí éramos buenos, pero cuando sufrimos lesiones, que no nos permiten ejercer 100 por ciento nuestra labor, nos olvidan".



Ex soldado Roque Antonio Montilva

Cuando Roque Antonio Montilva crecía en la Sierra Nevada de Santa Marta la guerrilla solía reunir a los niños para mostrarles sus armas y convencerlos de que se unieran a su causa. Su padre tuvo que dejar su finca para protegerlo. Entonces se fue desplazado a Santa Marta, donde Roque soñaba con ser futbolista. "No pude lograrlo porque los paramilitares estaban muy fuertes en la ciudad, y uno no podía andar con su grupo de amigos, no podía salir a jugar", explica.

Un día de 1998, un amigo le pidió que lo acompañara a una jornada de reclutamiento del Ejército, pero su amigo no cumplía con los requisitos y el que terminó enrolándose fue Roque. Con tan solo 18 años fue trasladado al Urabá antioqueño, donde fue secuestrado. Logró escapar con la ayuda de una guerrillera.

Sin embargo, volvió al Ejército y el 23 de julio de 2001 cayó en un campo minado, donde perdió sus dos piernas. Víctima de esta infracción al Derecho Internacional Humanitario, Roque tuvo que retirarse del Ejército. Aunque recibe una pensión, esta no le alcanza para mantener a sus tres hijos, por lo que tiene que trabajar de pie en un supermercado, pese a las molestias que le producen sus prótesis. "Yo quedé marcado para toda mi vida para que los colombianos puedan ir a trabajar todos los días, para que puedan movilizarse de una ciudad a otra y mirar un paisaje. Lo que me hizo la guerrilla no me duele tanto como el olvido del propio Estado", afirma.

